Antón Costas

Confusión de confusiones

Confieso que, como votante, aún no sé qué es lo que nos estamos jugando realmente en el llamado "proceso" catalán. Ahí van algunas de las causas de mi confusión.

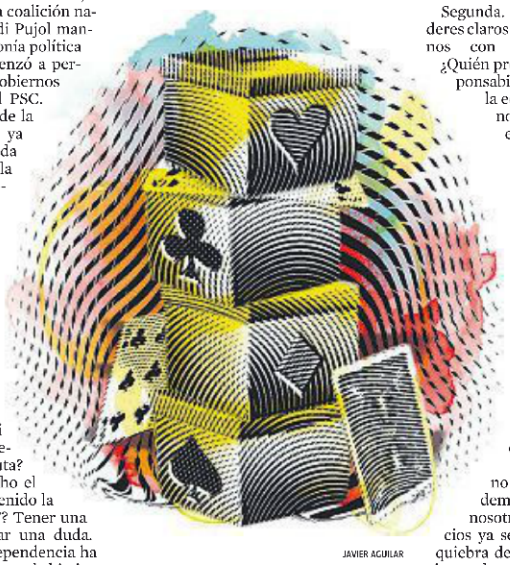
¿Se trata de la independencia o de dilucidar quién se hace con la hegemonía política en Catalunya para las siguientes décadas? Hasta ahora esas dos cuestiones están profusamente mezcladas. Desde el arranque del Estado de las autonomías, a principios de los ochenta, la coalición nacionalista liderada por Jordi Pujol mantuvo con claridad la hegemonía política durante dos décadas. Comenzó a perderla en el 2003 con los gobiernos tripartitos liderados por el PSC. Volvió al poder en el 2010 de la mano de Artur Mas, pero ya con la hegemonía cuestionada por ERC, que aspiraba a la primogenitura del nacionalismo.

Posiblemente fue el sentir el aliento de ERC en el cogote lo que llevó a Artur Mas a adelantar dos años las elecciones. Se trató, además, de aprovechar el clima creado por la primera manifestación del 11-S del 2012. Los resultados no fueron los esperados. Todo lo contrario.

¿Qué camino hubiese seguido la política catalana si en esas elecciones CiU hubiese logrado la mayoría absoluta? ¿Se habría puesto en marcha el "proceso" o se habría mantenido la estrategia del "pacto fiscal"? Tener una respuesta permitiría aclarar una duda. Esclarecer si la vía a la independencia ha sido una fuga hacia delante con el objetivo de ganar tiempo para hacerse de nuevo con la hegemonía del catalanismo, o si realmente ese cambio es el producto de una nueva convicción política. Pero, hoy por hoy, no está claro cuánto hay de tacticismo y cuánto de convicción.

Otra fuente de confusión es el tipo de independencia que se desea. ¿Se busca realmente una independencia plena –con todas sus posibles consecuencias, como la salida del euro y de la UE–, o un "Estado propio" que puede ser compatible con el mantenimiento de los vínculos con España (al estilo del Estado libre de Baviera) y con la pertenencia al euro y a la UE? Son dos escenarios muy diferentes. Tampoco esta cuestión está clara.

Lo mismo ocurre en la sociedad. Sin duda, hay una aspiración independendista en una parte de la ciudadanía catalana. Viene de lejos y es plenamente legítima. Pero hay confusión en cuanto a su amplitud y fines. Por un lado, están los independentistas de toda la vida. Por otro, los nuevos, sobrevenidos con el malestar social que han provocado las políticas de recortes. Los primeros buscan una nueva estación de término. Los segundos pueden estar utilizando la demanda de independencia como un grito o una amenaza para conseguir que las cosas cambien.



JAVIER AGUILAR

Esta confusión no tiene nada de extraño. Las grandes crisis del capitalismo, como la que estamos viviendo, siempre traen daños colaterales. Más allá de sus consecuencias financieras y económicas, acostumbran a poner en cuestión el contrato social y político implícito vigente y la necesidad de reconstruirlo. Eso es lo que ha ocurrido en Catalunya con el independentismo. Y en el resto de España con el movimiento de los indignados y las secuelas políticas que estamos viendo. El anuncio de elecciones plebiscitarias para el 27-S ha traído nuevas fuentes de confusión.

Primera. ¿Serán unas elecciones o será un plebiscito? No se puede matar dos pájaros con un mismo tiro. Las elecciones sirven para contar diputados. Los referéndums para contar votos. Pretender que las elecciones sean un plebiscito producirá aún más confusión.

Segunda. ¿Se votará a partidos con líderes claros o se votará a listas de ciudadanos con responsabilidades difusas? ¿Quién presidirá la Generalitat y se responsabilizará de gobernar la sanidad, la educación, la pobreza o la economía al día siguiente de las elecciones? Esta duda aumenta también la confusión.

Tercera. En el supuesto de que las fuerzas políticas que proponen la independencia tuviesen mayoría parlamentaria, ¿se entraría en un proceso rupturista o se iniciaría un proceso de negociación dentro de la ley? Es decir, un proceso orientado a convocar, en su momento, un referéndum legal y acordado. La ambigüedad sobre esta cuestión es fuente importante de confusión. Y, a la vez, un riesgo serio para el buen funcionamiento de la economía.

De todas estas confusiones no puede salir nada bueno. Podemos acabar haciéndonos daño a nosotros mismos. Algunos perjuicios ya se han producido, como es la quiebra del sistema catalán de partidos vigente hasta ahora. Pero quizá el riesgo principal está en camino. De la misma forma que la crisis económica nos ha hecho perder una década de crecimiento y bienestar, ahora que la recuperación económica se ha iniciado el riesgo es que la crisis política nos haga perder otra década.

Las elecciones del 27-S pueden contribuir a clarificar las cosas. A condición de que las fuerzas políticas expongan con claridad sus propuestas, tanto sobre el "proceso" como sobre las políticas que proponen para los graves problemas sociales y económicos que tenemos. De hecho, tengo la intuición de que se inicia un nuevo partido de juego. Y que las cartas vuelven a repartirse dando opciones a jugadores que parecían descartados.●

A. COSTAS, *catedrático de Economía de la Universitat de Barcelona*

Pilar Rahola

Grecia en el abismo

Todo va tan deprisa que quizás cuando este artículo salga a la luz mañana ya sea ayer. Es lo que tienen las situaciones inflamables, que nadie sabe por dónde saldrá el incendio, y desde luego el Partenón está que se quema. Además, cabe suponer que unas horas de margen pueden iluminar el sentido común y albergar alguna salida razonable. Sea como sea, de momento lo de Grecia arde por todos lados, quemando a su paso bolsas europeas, disparando primas de riesgo y apretando el nudo de la corbata de los tirios y troyanos de la finanzas.

En estos días de incertidumbre, el ruido se divide entre los pro griegos, altavoz en alto y barricada ante Merkel, y los antigriegos, amigos de los amigos de la austeridad teutona. Unos, los últimos, aseguran que Grecia es un país manirroto, que ha tirado el dinero, que ha engañado a las autoridades europeas, que se ha saltado a la torera todas las prevenciones, que exige medidas imposibles y que ahora, en su delirio, arrastra a toda la Unión. Y algo de razón llevan, si nos atenemos a los números: centenares de miles de funcionarios; miles de muertos cotizando cual vivos sandungueros; un agujero fiscal que llegaba al 14% del PIB cuando habían declarado menos de 4%; un déficit público que, en consecuencia, se disparó hasta los 30.000 millones; y, en definitiva, una economía insostenible sumergida en más de un 30%. Lo cierto es que Grecia puede presentar muchas razones para sustentar su razón, pero los números no son una de ellas.

> No se puede expulsar de la UE a "la tierra que ha dado la luz al mundo", en feliz expresión de Victor Hugo

Lo son, en cambio, sus consecuencias, y es ahí donde la troika y compañía ganan en cifras lo que pierden en razones. Porque también es cierto que Grecia ha hecho un esfuerzo extraordinario por cumplir, que ha despedido a miles de funcionarios, que ha bajado las pensiones y los sueldos, que ha reducido las prestaciones sociales y, como afirmaba ayer el Nobel Krugman, todo ello sólo ha servido para pagar deudas. Pedir más esfuerzos a una sociedad agotada, sin ni tan sólo garantizar que ello blindará el futuro de sus ciudadanos, es una exigencia despótica, más pensada para salvar al dinero que a la gente. Y si bien los compromisos son de obligado cumplimiento, so pena de quebrar la necesaria seguridad jurídica, también es cierto que no se puede estresar más allá de los límites a millones de personas.

Razones, pues, las hay en ambos lados, y todas se sustentan en algunas actuaciones poco razonables. Pero lo cierto es que Grecia no puede más y que la solución no debe pasar por expulsar de la Unión Europea al país que nos legó la democracia, "la tierra que ha dado la luz al mundo", en feliz expresión de Victor Hugo. Pase lo que pase con el referéndum, ni los griegos deberían estar bajo la presión del miedo, ni estarlo las finanzas europeas, porque ambos se necesitan más de lo que se reconocen. Esperemos, pues, que Diógenes encuentra al hombre honesto que resuelva el entuerto.●

Josep M. Vilalta

¿Educación para todos?

La educación puede ser la clave para acabar con la pobreza en el 2030. Esta era la frase que citaba el secretario general de las Naciones Unidas, Ban Ki Mun, en la presentación, hace pocos días, del Foro Mundial de la Educación en Corea. Allí se aprobó el nuevo plan de acción para la educación en el mundo que se extenderá durante los próximos quince años. Sin duda, la educación es la principal herramienta de cualquier sociedad para crecer y desarrollarse, para favorecer la igualdad de oportunidades, para hacer efectivo el ascensor social y para combatir la pobreza. En este contexto, un dato preocupante nos indica el porcentaje irrisorio que la ayuda humanitaria dedica a proyectos de fortalecimiento de la educación.

El informe *Education for all 2000-2015: achievements and challenges* de la Unesco muestra con detalle cuáles han sido los progresos en estos años. Una cantidad de datos que nos informan de un desarrollo desigual, con claros avances pero también con graves déficits. Por ejemplo, se ha conseguido reducir a la mitad el número de niños y adolescentes sin escolarizar desde el 2000. A pesar de ello, en el mundo hay todavía 58 millones de niños sin escolarizar y otros 100 que no finalizan la educación primaria, con un aumento de la desigualdad. Debemos felicitarnos por disponer de este tipo de informes: consolidan una fuente de datos relevantes para el seguimiento de la educación y las políticas educativas. Así y todo, encontramos vacíos que se deberían revisar. Por ejemplo, una visión todavía excesivamente cuantitativa, con escasa evaluación de los impactos de la educación en el progreso social y económico. Asimismo, una débil atención al factor determinante de cualquier sistema educativo: el profesorado y su capacitación. Sorprende enormemente también la poca valoración del potencial de las nuevas tecnologías para extender la educación formal y no formal en todo el mundo, cuando se nos muestran como una palanca de cambio extraordinaria. Asimismo, el informe no analiza el desarrollo de la educación superior en los distintos países, cuando esta genera sociedades más desarrolladas, más democráticas y con mayor calidad de vida. Y también la escasa valoración de la formación profesional o todas aquellas vertientes que interrelacionan formación y mercado de trabajo.●

J.M. VILALTA, *secretario ejecutivo de la Associació Catalana d'Universitats Públiques (ACUP)*